

5ª SESIÓN

LA ESPERA

En nuestra sesión de hoy partimos de fragmentos de textos de **Rainer Maria Rilke** y **Zygmunt Bauman**. Tras la lectura colectiva del texto viene la formulación de preguntas por parte del grupo:

(Miguel) ¿Qué precede a la “gestación”, entendida como espera?

(Francisco) ¿Por qué esta sociedad ha perdido la capacidad de esperar?

(Milagros) ¿Tenemos necesidad de parar ante una sociedad tan estresante?

(Carmen) ¿Es incompatible la paciencia, la espera y vivir el ahora, el presente -carpe diem-?

(Pepa) ¿Es necesaria la espera? ¿En qué sentido?

(Santiago) ¿Por qué la palabra espera se ha convertido en negativa en nuestra sociedad?

(Amparo) ¿La paciencia creativa es dolorosa?

(Asunción) ¿Es la paciencia necesaria para disfrutar de la creación?

(Miguel) ¿Se puede enseñar a esperar?

(Luis) ¿Cuánto tiempo se ha de esperar?

(Piedad) ¿Esperar es perder el tiempo?

(Teresa) ¿Esperar es ganar el tiempo?

(Carlos) ¿Cuál es el valor del tiempo?

(Antonio) El culto por la satisfacción inmediata ¿es una moda impuesta interesadamente?

(Manolo) ¿La naturaleza nos impone la espera?

(Milagros) ¿Tenemos tiempo para gestar un sentimiento?

(Santiago) Lo urgente o inmediato ¿es enemigo de lo creativo?

¿Hay algunas preguntas que pueden estar relacionadas? Avanzamos posibles bloques temáticos que incluyan las diferentes cuestiones planteadas por el grupo.

- **La espera/paciencia y nuestro actual modelo de sociedad.** (Francisco, Milagros, Santiago, Antonio).

- **La espera/paciencia en general y su relación con el tiempo** (Pepa, Carmen, Miguel, Luis, Manolo, Piedad, Teresa, Carlos, Milagros).
- **Vínculo espera /paciencia y creatividad** (Amparo, Asunción, Santiago).

El grupo comienza a dialogar sobre el bloque de **la espera/paciencia en general**.

Uno de los participantes propone identificar el término “espera” con “reflexión”. Surge desacuerdo. Se presenta la hipótesis de que **la reflexión requiere una pausa voluntaria**, un detener la acción cotidiana con el objetivo de analizar la realidad. La espera sin embargo **viene obligada en muchos casos** y las personas podrían emplear ese tiempo en diferentes actividades. Se pone el ejemplo de esperar para entrar en la sala del dentista, o coger el autobús; en esos momentos los esperantes pueden dedicarse a consultar el móvil u ojear una revista. Podemos concluir de esta intervención que no sería legítimo identificar espera con reflexión, pues toda reflexión requiere de paciente espera, pero no toda paciente espera requiere de reflexión.

Se menciona por otro participante que entendemos habitualmente la espera como algo negativo y pasivo, que nos desagrada, en tanto aplazamiento en la satisfacción de nuestros deseos u objetivos. Pero en muchos sentidos entendemos dicho aplazamiento

como necesario, se pone el ejemplo de la gestación de un bebé o la formación previa que se requiere para llegar a ser profesionales en un determinado ámbito. Se insiste por tanto en que la espera no siempre es pasiva, sino que también podemos hablar de **espera activa, como lento proceso que culmina en algún momento posterior, aquella que es previa a alcanzar un objetivo.**

Una nueva intervención sugiere abordar inicialmente la pregunta **¿qué significa la palabra espera?** Se responde que **la espera alude al tiempo presente pero que está orientado fundamentalmente hacia el futuro, como esperanza o promesa de una realización venidera.**

Otro participante alude al texto y señala que tanto en la reflexión, como en el sentimiento o en la creación artística no se tiene en cuenta **el tiempo**, que puede abarcar desde unos instantes a muchos años. Se indica que el tiempo mismo no es únicamente cuantificable y objetivo sino que es relativo, pues un mismo periodo de tiempo podemos vivirlo más o menos dilatadamente; se pone como ejemplo una situación agradable en la que un minuto se nos hace muy corto y una situación angustiosa en la que ese mismo minuto se nos hace larguísimo. El reloj cuantifica el tiempo como si este fuese siempre el mismo, pero realmente no es así. Nuestro participante continúa su razonamiento exponiendo que dado que la espera es tiempo, esta espera podemos vivirla como grata y que transcurra muy rápidamente o bien vivirla como un fastidio y que se nos haga pesada e interminable. Se concluye así que vivimos el tiempo y la espera de maneras muy diferentes, incluso aunque el tiempo cuantificable sea objetivamente el mismo. Se expresa en esta intervención **la distinción que establece Bergson entre el tiempo espacializado -como unidad matemática e indiferenciada de medida- y el tiempo como duración -que es multiplicidad cualitativa-**. Habría así una percepción del tiempo que se distiende o dura

de modo cualitativamente diferente, que es nuestra vivencia del tiempo, el tiempo de la conciencia.

Una participante propone que el tiempo de espera puede ser vivido de maneras muy diferentes según las personas; una persona puede entender el tiempo de espera para entrar al médico como una forma de relajación frente a las premuras cotidianas de nuestra sociedad y otra persona puede desesperarse porque considera que su tiempo es oro.

Una nueva intervención alude de nuevo a los textos, en los que aparecen dos tipos de espera; por un lado estaría **la paciente espera creativa y voluntaria**, en la que el tiempo no se mide sino que se vive y desaparece la prisa. Por otro, estaría **la espera obligada, sobrevenida pese a nuestra voluntad**. Hoy en día vivimos esa espera impuesta de manera diferente no solo porque predomine socialmente el valor de la inmediatez, sino porque en nuestra vida hay muchas más posibilidades que podemos realizar y exigimos también el cumplimiento de nuestros derechos; así parece que no tiene sentido estar esperando más de 5 horas en la consulta (o dos años en una lista de espera) para ser atendido por el médico. Se subraya en este sentido que hay esperas obligadas o impuestas que son aceptables (que caen dentro de lo razonable) y otras que son inaceptables (cuando no se respetan nuestros derechos de todo tipo).

Se señala en el grupo que muchas de las esperas obligadas también pueden convertirse en un tiempo nuestro que puede ser aprovechado de manera creativa. Se propone que podemos hacernos dueños del tiempo en cada situación. Se menciona que muchos de los recursos que actualmente elegimos en los tiempos de espera, como el móvil e internet, pueden considerarse no solo una

distracción momentánea, sino una adicción, que en lugar de hacernos dueños del tiempo nos esclavizan. Surge así la cuestión de *qué hacemos en los tiempos de espera ¿es algo que elegimos y nos hace dueños del tiempo o nos viene también socialmente impuesto y nos esclaviza?*

Se destaca que **la vivencia del tiempo y la espera no es la misma en núcleos urbanos y rurales**. En la ciudad cuantas más cosas se hagan en un día, mejor; interiorizamos la prisa, incluso cuando vamos a casa ya al final de la jornada y esto inhibe en muchos casos la charla pausada con el vecino. Está mal visto socialmente perder el tiempo. Y así, uno considera que si no hace nada, pierde el tiempo y se siente mal por ello. En las urbes predomina una concepción de eficacia y aprovechamiento del tiempo -**concepción productiva del tiempo**- que no se da en los entornos rurales.

Una nueva intervención plantea que actualmente estamos obsesionados con el aspecto material del tiempo y olvidamos el tiempo espiritual, el tiempo de la vivencia. Nuestra participante es jubilada y sostiene que durante toda su vida laboral ha sentido que no tenía, que le faltaba el tiempo; hoy siente que le sobra el tiempo, que tiene todo el tiempo para dedicarlo a lo que le gusta y le apetece. Hoy por hoy se siente dueña de su tiempo.

Surgen algunas preguntas en el grupo ¿tenemos la misma percepción del tiempo a lo largo de nuestra vida o esta va variando con los distintos ciclos vitales? Parece que el **tiempo es relativo no solo a las circunstancias sino a la edad**; el tiempo no transcurre igual cuando tenemos 12 años que cuando tenemos 18 ó 40. Cuando concluye el tiempo productivo y llega la jubilación, volveríamos a ser

dueños de nuestro tiempo.

¿Son los países menos pacientes los más consumistas? La presión por producir y consumir condicionaría nuestra percepción del tiempo y de la espera. Se pone el contraejemplo de algunos países nórdicos, que no están tan estresados y dedican mucho tiempo a la familia, a actividades de desarrollo personal y social.

Se sugiere que el tiempo se ha considerado un valor desde que somos humanos. Siempre hemos tratado de aprovechar el tiempo, sea productivamente, sea para el propio desarrollo como personas.

¿Es incompatible la espera y disfrutar el momento presente? Algunos participantes expresan que no es incompatible, que podemos disfrutar cada momento aunque estemos a la espera de algún suceso ulterior.

Surge la pregunta en el grupo ¿cuándo la espera ha sido algo positivo? Se contesta que los agricultores en los pueblos saben esperar y valoran el tiempo de la tierra para que llegue la siembra o la cosecha. Las madres gestantes valoran positivamente ese tiempo también como una forma de prepararse ante la nueva situación vital.

Se destaca el *placer de la espera activa*, como cuando preparamos con antelación un viaje; desde ya se estaría disfrutando de ese viaje, y ello sin excluir el estar abiertos a la improvisada aventura que todo viaje encierra. También se menciona el placer de todo proceso creativo, que ha de ser paciente hasta ver completada la obra.

Un participante sostiene que **la espera que nos desagrada es la impuesta y no deseada**, como el retraso de nuestro avión, y que lo deseable sería aprender a esperar en estos casos.

Se repara en que, en general, las esperas son un tiempo para que las circunstancias evolucionen positivamente, aunque hay esperas muy desagradables y dolorosas, como esperar la muerte de un ser querido enfermo.

Se propone la hipótesis de que toda espera nos viene impuesta, como condicionantes ajenos al sujeto que nos obligan a esperar; se niega con ello la posibilidad de una espera voluntaria, aunque puede escogerse qué hacer y cómo afrontar ese tiempo de espera sobrevenida.

Se plantea que cuando una persona va muy deprisa en la vida, es en ocasiones la propia vida la que obliga a detenerse, al menos durante un tiempo; se pone el ejemplo de alguna enfermedad o convalecencia puntual. Esa espera, esa pausa involuntaria, puede ser una oportunidad que nos ayude a darnos cuenta de muchas cosas que habíamos dejado de lado o nos pasaban desapercibidas hasta entonces y que nos son fundamentales. La espera puede cambiarnos la perspectiva sobre la vida y sus prioridades, puede revalorizar lo que hacemos con cada uno de los momentos de nuestra vida.

¿Qué hacemos con el tiempo que somos? Se comenta que en muchas ocasiones no elegimos lo que queremos hacer, sino lo que podemos hacer; en otras ocasiones nos moveríamos en los márgenes de lo que nos dejan hacer, y dichos márgenes pueden ser más o

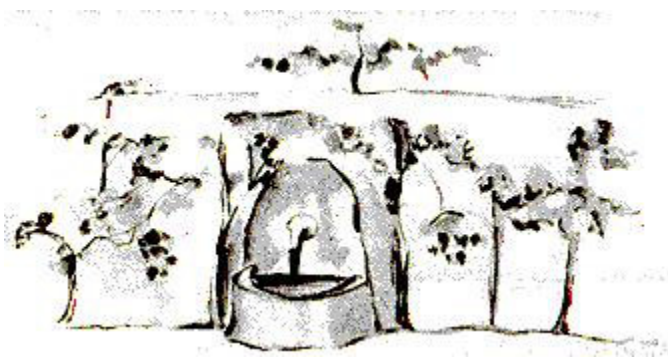
menos estrechos. Esto nos remite a **Ortega y Gasset** y su concepción de la vida como posibilidad contextualizada.

En nuestras sociedades consumistas parece que entendemos el tiempo que realmente somos solo como ocio, un ocio que también se consume. Se argumenta que en nuestras sociedades productivas no solo se quiere dominar la naturaleza sino que **queremos dominar el tiempo**, que consistiría en producir y/o consumir lo máximo en una unidad de tiempo. Esto no estaría acabando solo con el planeta y sus recursos sino que nos sometemos a horarios, ritmos y presiones que nos debilitan humanamente. El afán de dominación del ser humano nos conduciría a desastres tanto naturales como humanos.

Paul Ricoeur distingue entre un **tiempo objetivo o tiempo cósmico**, que nos excede y nos trasciende (como continuidad del universo aunque el ser humano desaparezca), y un **tiempo subjetivo o temporalidad**, que somos y nos constituye, como vivencia misma del tiempo. **Cómo ha transcurrido mi tiempo es sinónimo de lo que ha sido mi vida**. Si somos tiempo ¿qué supone el afán de dominar el tiempo? ¿acaso dominar la vida de las personas?

Se insiste en que la reflexión, la contemplación, la atenta consideración de cuestiones, la abstracción teórica, requiere tiempo. El propio surgimiento de la filosofía corrobora que el tiempo liberado de las imperiosas urgencias de la supervivencia material posibilita el pensamiento contemplativo. La actividad intelectual requiere tiempo y paciencia.

Recordamos la escena de *El principito* en el que encuentra un vendedor de pastillas que calman la sed, se toma una por semana y no se siente más la necesidad de beber.



- Es una gran economía de tiempo – dijo el vendedor. – Los expertos han hecho cálculos. Se ahorran cincuenta y tres minutos por semana.

- Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?

- Se hace lo que se quiere...

"Yo - se dijo el principito – si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, caminaría lentamente hacia una fuente..."

¿Puede ahorrarse o gastarse el tiempo? ¿Tenemos prisa? ¿Para qué? Se alude a la **sobre-estimulación** que despierta continuamente nuestro deseo en la actual sociedad, la ingente oferta de actividad hace que estemos en una pensando en otras, que cambiemos rápidamente de actividad, sin apenas detenernos, como un síntoma de **hiperactividad social**. Esto se considera que mermaría

nuestra capacidad de saborear y deleitarnos en la tarea que nos ocupa, nos haría superficiales y poco reflexivos.

¿Podemos perder o ganar el tiempo? ¿Qué posibilidades nos abre lo que denominamos “pérdida de tiempo”? Se ha mencionado ya la contemplación, ¿qué otras posibilidades nos abre?

Hoy infinidad de tareas nos reclaman, el tiempo está ordenado por el sistema productivo y este ordena en gran medida mi vida. El constante y acelerado fluir del hacer que nos lleva, dificulta tomar conciencia de uno mismo, del otro, de la situación. Los momentos de espera pueden ser una especie de refugio frente a nuestra agenda cotidianamente apretada. **Ese parar, esa espera, como respiro, nos invita a la toma de conciencia de la propia existencia**, como en una meditación. El tiempo de espera nos hace conscientes de nuestra temporalidad, del tiempo que somos. **Bernhard Welte** realiza un **elogio del rato**, del instante ya no cuantitativo, sino cualitativo, y de su poder transformador. Un rato en el que detenernos, en el que hablar con amigos, caminar, leer, permanecer junto a alguien, para no dejarnos arrastrar y recobrar nuestra vivencia del tiempo. La espera, aunque involuntaria, nos permite disponer de un rato... *Ese rato* que nos desconecta de la premura habitual, de los ritmos impuestos y nos conecta con nosotros mismos puede hacernos más conscientes.

¿Podemos concebir nuestra propia vida como una obra de arte que hemos de gestar con paciente talante? Se menciona que en nuestro actual sistema de producción cedemos no solo nuestro cuerpo y capacidades sino nuestro tiempo. Nuestro tiempo está al servicio de dicha productividad, en ese sentido **“el tiempo es oro”**.

Se sugiere que nuestra sociedad por un lado nos insta a vivir el presente, a la inmediatez; por otro se orienta definitivamente hacia el futuro, hacia objetivos, cada vez más exigentes, que han de ser perseguidos. Se reflexiona que estaríamos desaprovechando la oportunidad de ser conscientes de este regalo de tiempo que es nuestra propia vida. Surge la pregunta ¿tenemos valor para cambiar y romper ciertas cadenas que nos atenazan?

Se alude a la situación actual de crisis y al retroceso en derechos básicos, que nos conduce en muchos casos al pesimismo; sin embargo el enorme progreso y el espectacular incremento de la productividad de hoy debería posibilitar la reducción de la jornada laboral para disponer de más tiempo en nuestro desarrollo personal, social y cultural. Se menciona que las sociedades más avanzadas económicamente se encaminan hacia mayores cotas de tiempo libre que dedicar a la familia, los amigos, las aficiones, la cultura.

Se refiere que la conquista del mercado laboral por parte de la mujer ha supuesto un costo muy elevado en la vida familiar. Se entiende como una pérdida la falta de reconocimiento económico de las necesarias tareas domésticas y de cuidado, que tradicionalmente ha desempeñado la mujer y que hoy pueden ser también desempeñadas por el hombre. Se propone que las personas tendrían que tener derecho a elegir dónde desempeñan su labor, sea fuera o dentro de la casa, sin perjuicio para la economía familiar. Se cuestiona por algunos miembros del grupo si esa pretendida elección de permanecer a cargo de las tareas de una casa eximiría a aquellos miembros de la familia que trabajan fuera del desempeño de dichas tareas domésticas y de cuidado. Este reparto de tareas es el que ha predominado tradicionalmente y ha relegado a la mujer al ámbito privado del hogar.

¿Podemos decidir en muchos casos a qué dedicamos nuestro tiempo sin poner en peligro unas mínimas condiciones materiales para una vida digna?

Se menciona que en Holanda la regulación relativa a la conciliación de la vida laboral y familiar se aleja mucho de lo que conocemos aquí. El estado allí defiende el derecho de toda persona a disponer de un tiempo para sí; se pone como ejemplo las ayudas familiares durante los tres primeros años de vida de tu hijo, las guarderías de exquisita calidad que están financiadas por el estado, etc. Se resalta que **en toda distribución responsable y cuidadosa del tiempo hay ineludiblemente dos dimensiones: una individual y otra social**. Aquí se plantea una nueva gestión y organización social del tiempo, entendido como tiempo propio del que uno tiene derecho a disponer en su vida cotidiana, no como tiempo de ocio (que también viene en muchos casos planificado con vistas al consumo).

Se resalta que en las zonas urbanas se da una mayor dependencia del consumo y por tanto del dinero, que se consigue con nuestro tiempo de trabajo. Se señala el ritmo vertiginoso de nuestra sociedad, todos los días hay noticias y mensajes nuevos, películas de estreno, nuevas publicaciones de libros, avances tecnológicos. El tiempo se queda escaso ante tanta novedad. Se pregunta ¿nos podemos desenganchar de eso?

Se alude finalmente a que muchos proyectos humanos se han emprendido a sabiendas de que las personas que las iniciaron no podrían disfrutar de la obra acabada. Hoy en día escasea esta forma atemporal de la propia contribución, parece que a pocas personas les preocupa lo que ha de venir después de ellas. **El culto a la satisfacción individual inmediata nos habría privado del**

Taller de Pensamiento Filosófico

2016-2017

BIBLIOTECA LOPE DE VEGA- TRES CANTOS-

sentido de trascendencia comunitaria en nuestra actuación.

Maravilloso este rato compartido en el que nos hemos detenido a pensar...